

ENTRE DOS LATAS DE ATÚN

Verónica Edye

Entre dos latas de atún



Verónica
Edye

Capítulo 1

ENTRE DOS LATAS DE ATÚN

—Aún no estoy seguro— dijo Pedro ante la insistencia de su amigo Ramiro. —¡No sé, me da cosa!

—¿Cosa?

—Si, siento que soy como un producto exhibido en la góndola del super y que una mujer va a estar mirándome y pensando: —¿le mando un mensaje a este tipo o no? Algo así como decidirse entre dos latas de atún, ¿llevo en aceite o en agua...?

—Pedro, en las apps de citas, esa decisión, como vos decís, se reduce a un dedo que se desliza hacia la derecha o hacia la izquierda, y para que esto suceda hay que conseguir a-fi-ni-dad. Ya sé, vos te estarás preguntando —¿y cómo consigo el famoso y deseado “match”? — ¡Uy! Te veo cara de desespereta, pero, ¿para qué están los amigos? ¡Es sencillo!

—¡Lo será para vos Ramiro! Para mí no lo es.

—¡Dale Pedro! Ya sé que saliste hace poco de una relación larga y la idea de volver al ruedo... digamos que te pone nervioso—dijo Ramiro en un tono condescendiente, y en seguida agregó: —pero vos podés campeón. Decididamente, creo que necesitás conocer otras mujeres. Yo te aseguro que solo es cuestión de empezar, inada más! Podés primero chatear por la página, luego hablar por celular y después si te va, encontrarte a tomar algo. Si la cosa sentís que da como para una segunda vez, ¡perfecto!, se vuelven a ver y si no es así, seguís probando. ¿Algo que perder? ¡Nada Pedro, nada! Y siempre podés darte de baja si no te resulta.

—Está bien. Sigamos. —consiguió decir Pedro, aunque que en su cabeza seguían las dudas.

—¡Bien, ese es mi amigo! —dijo Ramiro mientras le daba una palmada en la espalda. — ¡Manos a la obra! Bueno, hay tres cosas básicas para que esto funcione: primero, no mentir en la edad. Eso a larga se sabe y es un problema. Segundo; una biografía sin adornos, pero suficientemente atractiva. Por último, y no por eso menos importante, tus fotos. De las fotos la más importante es la de perfil, obvio, porque esa es la del primer enganche.

—Yo pondría la del buzo verde...—dijo Pedro con seguridad.

—¡Ah, no!, la verdad no te puedo creer. ¡¿Vos querés subir esa foto de

carnada?! ¿Pensaste en cuál sería la primera impresión que causarías?

—No entiendo tu punto de vista, explicame...—quiso saber Pedro.

—Imaginemos que soy una mina buscando a un tipo para salir, me aparece tu foto, y ¿qué es lo primero que veo? Al buzo verde loro fosforescente que se parece mucho a uno de esos chalecos que usan los ciclistas para que no los atropellen y luego, apareces vos, ¿me entendés ahora? Creo que ninguna mujer se sentirá atraída hacia un tipo con un buzo así. Vos hacé lo que quieras... Pero, esa foto no garpa negro.

—Puedo subir la que estoy apoyado en el auto...—expresó sin mucho convencimiento.

—Ja, ja, ja, ila del escarabajo del sesenta y cuatro! ¿A eso le llamas auto?

—Ese soy yo Ramiro. De lo contrario, les estaría mintiendo desde el vamos. ¿O vos decís que el día que salga con esa supuesta mina, que por fin me da bola, ella no va a salir espantada poniendo la excusa que, de pronto, enfermó su abuela que, en realidad, lleva muerta más de diez años, cuando me presente con mi remera de batik fucsia, mis pantalones violetas y mis zapatillas naranjas ¡Ah y mi auto turquesa del sesenta cuatro!?

—¡Listo, no se habla más del asunto amigo! ¡Va foto del loro verde! —y le dio enter— ¡Hecho! — y levantó el pulgar como forma de aprobación.

—Ahora a esperar... Igual siempre la podés cambiar...

—¡No! Ese soy yo Ramiro.

—Bueno, hablamos en... ¿Dos semanas?

—¡Uy, que poca fe me tenés!

—A vos sí, pero al buzo verde loro no.

—"Creo que Ramiro tiene razón... Debería cambiar mi foto de perfil"

—pensó Pedro frente al monitor al ver que ninguna mujer le había enviado un mensaje o un simple me gusta y que ya habían pasado doce días.

—Voy a esperar hasta el lunes y después tendré que aceptar mi derrota y llamar a Ramiro. — dijo Pedro y en su voz podía adivinarse un dejo de resignación.

En la mañana del día catorce, un Pedro sin mucho ánimo, abrió su computadora y para su sorpresa, descubrió que había recibido un comentario que decía: *Amo los colores*, sin embargo, al observarla se despertó su curiosidad. —¿Y por qué en tu foto de perfil estás vestida de

negro? — se preguntó, pero sin dudarle le contestó: *Yo también*

Ella lo leyó, levantó una ceja y se dibujó en su cara una pícara sonrisa.
Miró a su amiga, le guiño un ojo y dijo: — ¡picó!